

El Beato Alonso de Orozco, Valladolid y la lengua castellana *

POR
TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

Excmo. Sr. Presidente del Ateneo de Valladolid,
Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid,
Señoras y señores,
Amigos todos:

Después de agradecer las palabras de nuestro querido don José M^a de Campos Setién –ya se sabe lo que son siempre estas palabras de presentación, las cuales suelen responder más al afecto personal, que al mérito de la persona presentada–, querría decirles solamente que, con el fin de no extenderme demasiado en mi conferencia, no citaré ni una sola de las notas que lleva el estudio, como lo exige un mínimo de rigor científico e histórico.

Pues bien. El pasado día 19 de este mismo mes de enero que hoy acaba, tuvo lugar en Madrid la apertura del IV Centenario de la Muerte de Fray Luis de León y Beato Alonso de Orozco.

En este acto solemne, quedó patente cómo el Mtro. León era mucho más conocido en el campo de las letras y aún a nivel popular, que Fray Alonso de Orozco, los dos ilustres agustinos del siglo de Oro español.

Uno de los conferenciantes, el Sr. alcalde de la Villa y Corte, Don Agustín Rodríguez Sahagún, decía que en el caso de Fray Luis ocurría que en nuestro país, hasta los menos letrados, al igual que saben y repiten a menudo aquello de "en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme", también, muy a menudo, aluden a los primeros versos de la Oda a "la vida retirada", "Qué descansada vida, la del que huye el mundanal ruido...",

* Conferencia dada en el Ateneo de Valladolid el día 31 de enero de 1991.

o a la anécdota del "Decíamos ayer", tan discutible hoy desde una serena crítica.

En cambio, de la inmensa obra de Fray Alonso de Orozco, apenas nadie sabe nada; y, sin embargo, es importantísima; se puede codear con la mejor literatura ascética y mística de nuestro Siglo de Oro, y quizá la celebración de este centenario constituya una buena ocasión para que se le haga justicia.

Efectivamente, don Agustín Rodríguez Sahagún llevaba mucha razón. A Fray Alonso de Orozco no se le ha hecho justicia, aunque su nombre figure en el Catálogo de *Autores de la Lengua*, como pionero que fue del idioma castellano, antes de que lo fuera el propio Fray Luis de León, Malón de Chaide, Cristóbal de Fonseca, por citar sólo a tres hermanos de hábito de nuestro agustino, como hemos de ver más adelante.

Tal vez, la culpa haya sido un poco de los mismos agustinos, los cuales, según dijo en cierta ocasión el rey Felipe II –este gran amigo y admirador del P. Orozco–, “son grandes en hacer fazañas, mas pequeños en contallas”.

Si al final de esta conferencia, salimos todos con una idea más clara y un conocimiento mayor de nuestro personaje, así como de la importancia que tuvo, a lo largo de todo el siglo XVI, tanto en el campo de la predicación y consejo, como, sobre todo, en el de la ciencia literaria, ascética y mística, animándonos a leer su vida ejemplar, o mejor, alguna de sus obras en castellano –puesto que escribió también bastantes en latín–, yo me daré por satisfecho.

I. *Una iglesia en ruinas en el Paseo de Isabel la Católica*

Al tiempo de pergeñar y escribir, más tarde, estas líneas, me acerqué hasta el amplio y hermoso Paseo de Isabel la Católica, para contemplar, una vez más y no sin cierto dolor de mi alma, la inmensa mole de piedra blanca, de sillería, finamente labrada, del más puro estilo herreriano, y que un día formara los gruesos muros, el ábside y la fachada de la iglesia de San Agustín de Valladolid, donde predicara aquel santo *limosnero de los pobres*, Fray Tomás de Villanueva, y a quien escuchaba con gran consuelo y alegría espiritual el emperador Carlos V, viviendo los dos –el César siempre de paso, siempre en camino– en la histórica ciudad del Conde Ansúrez; y donde también residieron, enseñaron, predicaron la palabra y escribieron algunos de sus libros, los insignes varones, el Mtro. Fray Luis de León y nuestro personaje: Beato Alonso de Orozco.

Es lo único que queda de aquel magnífico templo: paredes laterales con sus contrafuertes, fachada renacentista, expoliada, perteneciente a la tercera etapa de este arte en España, y esbelto ábside, también herreriano, y que fue terminado de construir por el arquitecto don Baltasar Álvarez, amigo de grandes empresas y eminente en su profesión¹.

"Fundado el convento en 1407, gracias al mecenazgo del condestable de Castilla, Ruy López de Ávalos, el cual donó generosamente los terrenos, la primitiva iglesia fue sustituida por otra que se inició a mediados del siglo XVI, realizándose entonces la cabecera y crucero, así como las dos primeras capillas del cuerpo de la iglesia. Las obras se prosiguieron en 1619, utilizando trazas facilitadas por el arquitecto Diego de Praves, bajo las cuales se concluiría su fachada principal, en la que campean las armas de los condes de Villamediana, que ejercían el patronato del convento desde el año 1606. Al lado del templo, se construyó el desaparecido colegio de San Gabriel, perteneciente a la misma Orden agustiniana ².

Si alguno de ustedes tiene la suerte de entrar en el interior del templo, podrá contemplar todavía las huellas de la capilla mayor, dedicada a los citados fundadores del monasterio e iglesia. En ella dejaron su linaje los citados condes de Villamediana, de apellido *Tasis*, descendientes de noble familia milanesa, los antiguos *Turrianos*.

El profesor don Jesús Urrea dice que la iglesia tuvo cinco capillas; pero no es del todo exacto, ya que primitivamente tuvo hasta seis laterales, dentro de la enorme nave de forma de cruz latina, más otras dos a los lados del crucero: la del Evangelio, fundada por don Francisco de Rivadeneira, Caballero de la Orden de Santiago y Registrador de Valladolid, bajo la advocación de Santiago el Mayor; y la del lado de la Epístola, fundación del rico y opulento indiano Fabio Nelli de Espinosa, cuyo palacio contiene actualmente el Museo Arqueológico de nuestra ciudad, y cuyo altar contenía un magnífico lienzo que representaba la Anunciación, titular de la capilla, obra del pintor vallisoletano Gregorio Martínez, que se conserva en el Museo de la Pasión.

Pues bien, de aquella gran fábrica, de todo aquello que fuera uno de los templos más bellos en su estilo, significativos y frecuentados por los fieles vallisoletanos, donde estuvo radicada durante muchos años la Cofradía penitencial de Jesús Nazareno, sólo quedan hoy los muros señalados arriba y la nostalgia de los que, de vez en cuando, los contemplamos.

II. *Uno de los cuatro grandes conventos de la Provincia de Castilla*

Eso nos dicen, que fue, en tiempos pasados, el convento de San Agustín de Valladolid: uno de los cuatro grandes de la Provincia de Castilla, cuyos fundadores ya conocemos.

1. GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID C., *Valladolid, sus Recuerdos y Grandezas*, Valladolid, 1900, vol. I, p. 85.

2. URREA, J., *Guía histórico-Artística de la Ciudad de Valladolid*. Impr. Sever-Cuesta, Valladolid 1982, p. 67.

Refiriéndose a este monasterio, el historiador Tomás de Herrera, ilustre agustino, nacido en Medina del Campo en 1585 y autor de dos obras fundamentales para la historia de la Orden agustiniana en España: el *Alphabetum Augustinianum*³ y la *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca*⁴, al tiempo que corrige y aclara algunos puntos oscuros que encuentra en el cronista Jerónimo Román, autor de las *Centurias*, declara que visitó este convento el año 1640, y en él pudo comprobar la escritura de donación, que dice cómo "en el dicho día (13 de junio de 1407), mes y año, el doctor Fray Aparicio de Burgos, prior de Toledo⁵ y Fray Pedro de San Gil de Burgos, prior de Dueñas, tomaron posesión de unas casas, que les había dado el condestable don Ruy López Dávalos, y su segunda mujer, doña Elvira de Guevara. Estaban las casas en un sitio llamado del Arrehoyo, y después vinieron a ser de la reina doña Caterina, mujer del rey don Enrique el Tercero, la cual murió en Valladolid, jueves, a dos de junio de 1418. La reina las dio al dicho condestable, su camarero, y adelantado mayor del reino de Murcia; y el rey don Enrique su marido, a 21 de mayo de 1398, confirmó la donación, y añadió un huerto, y otras casas que había comprado de un ciudadano de Valladolid"⁶.

A esta señora doña Elvira de Guevara se la consideró siempre fundadora del convento, por haber donado, igualmente, sus casas, como lo hiciera su esposo el citado condestable Ruy López Dávalos.

En cuanto al Condestable, el cronista medinense dice que fue un gran bienhechor de la Orden de San Agustín; pues no contento con la fundación del convento de Valladolid, compró en la villa de Dueñas unas casas a un rico indiano, y las donó al monasterio de aquella villa, para su ensanche y engrandecimiento. Miembro del consejo de Enrique III, formó en la villa toledana de Illescas, junto con otros magnates, una liga al servicio del *Doliente*.

Con Juan Hurtado y Diego López de Stúñiga, formó parte del triunvirato que llevaría las riendas del poder. En 1396 puso fin a importantes banderías andaluzas, donde al parecer actuó con extraordinaria dureza. Enrique III, de quien era gran favorito, le nombró condestable de Castilla. Vícti-

3. HERRERA, T., *Alphabetum Augustinianum*. Imp. Gregorio Rodríguez, Madrid 1644.

4. HERRERA T., *Historia del convento de San Agustín de Salamanca*. Impr. Gregorio Rodríguez, Madrid 1652, p. 180.

5. El P. Herrera, en el capítulo que dedica a la fundación del convento de San Agustín de Toledo, dice de Fray Aparicio de Burgos lo siguiente: "El año 1407 era prior el P. M. Fr. Aparicio, que después fue Provincial. En ese año tomó la posesión del convento de San Agustín, que fundó Rui López Dávalós, Condestable de Castilla". (Cf. HERRERA, T., *Ibid.*, p. 190).

6. *Ibid.*, l.c., p. 177.

ma de su propia ambición, murió en el exilio, el año 1422, siendo confiscados todos sus bienes y derruida su fortaleza de Jódar.

III. *Hijos ilustres del convento de San Agustín de Valladolid*

Antes de detenernos en el personaje central de nuestro estudio, Beato Alonso de Orozco, debemos mencionar, siquiera de pasada, a los religiosos más sobresalientes que profesaron o vivieron en el convento agustiniano de la ciudad del conde Ansúrez.

Uno de ellos fue el venerable Fray Juan de Alarcón, fundador de la Observancia de España, y que sabemos murió el año 1449. Manuel Vidal dice de él que "era muy noble por su origen, hijo legítimo de Martín Ruiz de Alarcón, sexto señor de Alarcón y de las villas de Valverde y Talayuelas, y de doña Constanza Díaz, su tercera mujer". Herrera, que le incluye entre los hijos de hábito del convento de Valladolid, supone que debió licenciarse en Teología en la Universidad de Florencia, donde lo encontramos por el año 1430.

Regresado a España, fundó el convento de Villanubla, siendo este monasterio el primero donde se estableció el nuevo método de vida religiosa, que más tarde abrazaron otros conventos. Fue gran amigo del condestable don Álvaro de Luna. Debió morir el año 1451.

Otro de los hijos ilustres de este convento agustiniano de Valladolid fue Fray Enrique Enríquez, "descendiente de la Casa Real de Castilla, hijo de don Martín Enríquez, marqués de Alcañices, virrey que fue de México y del Perú ⁷, y de doña María Manrique, hija de los marqueses de Aguilar" ⁸.

Gregorio de Santiago Vela, que sigue de cerca a los historiadores del convento de San Agustín de Salamanca, declara que profesó en el convento de su ciudad natal, Valladolid, el 25 de abril de 1574, en manos del P. Gabriel Pinelo, Provincial más tarde de Castilla ⁹, el cual había nacido igualmente en nuestra ciudad, y del que un contemporáneo suyo –Juan González de Critana– dice que era "famoso predicador en la corte del rey Felipe II,

7. Martín Enríquez de Almansa, que vivió en la segunda mitad del siglo XVI, fue el cuarto virrey de Nueva España, desde el 1568 al 1580. Combatió con dureza a los indios huachiles, que habían realizado incursiones contra algunos lugares de las tierras conquistadas por los españoles, fundando los fuertes de San Felipe, Ojuelo y Portezuelos. Durante su gobierno, se estableció formalmente la Inquisición. Posteriormente fue virrey del Perú, de 1581 a 1583, en que dio posesión al correo mayor de las Indias, nombrado por Felipe II, e instaló en el virreinato el servicio postal.

8. HERRERA, T. de, l.c., p. 179.

9. El P. Gabriel Pineo era también natural de Valladolid.

gran escriturario, y su opinión fue siempre muy estimada en los Consejos reales" ¹⁰.

Dedicado Fray Enrique Enríquez por los superiores a los estudios eclesiásticos, llegó a ser maestro en Teología, facultad que explicó en Sevilla y en Alcalá. Fue prior del convento de Valladolid y de San Felipe el Real de Madrid. Elegido Provincial en mayo de 1601, poco tiempo después, por fallecimiento de su tío, Fray Pedro de Rojas, fue nombrado sucesor suyo en la diócesis de Osma, de la que tomó posesión en 1603.

Si nos acercamos a la histórica villa de Osma, para contemplar su hermosa catedral, del más puro estilo gótico del siglo XIII, podremos ver, aún hoy, un grandioso arco de piedra sillar, que se halla sobre la puerta principal que da a la antigua plaza. En el centro del mismo se ve un escudo de armas, formado en su parte superior por dos castillos en campo de gules y el corazón simbólico de San Agustín en el medio, con el epígrafe: "Cor meum charitate tua sagitaveras tu, Domine", que traducido al castellano suena así: "Habías asaeteado nuestro corazón con tu caridad, Señor" ¹¹, y en la parte inferior un león rampante coronado, que mira a la derecha, en campo de plata: Es el escudo de armas de nuestro obispo agustino, que fue quien levantó dicho arco.

Los biógrafos, al tiempo de referirse a la visita pastoral que hizo por toda la diócesis, dan a entender que "tuvo bastante que padecer" ¹². El año 1609 fue presentado para la silla episcopal de Cuenca, a la que parece renunció, sin que se sepan los motivos. Más tarde, fue preconizado arzobispo de Granada, pero antes de recibirse las bulas, quedó vacante la sede de Plasencia y Fray Enríquez fue trasladado a la misma, tomando posesión el día 28 de agosto de 1610.

En esta noble ciudad cacereña permaneció hasta el 22 de enero, fecha en que murió nuestro ejemplar prelado, mecenas de las artes y las letras.

Pero, sin duda, que una de las grandes figuras que honraron con su presencia el convento agustiniano de la ciudad del Pisuerga fue Fray Agustín Antolínez, lumbrera de la Orden, e hijo benemérito de nuestra ciudad, donde había nacido el día 16 de diciembre de 1554. Era hijo de Gallaz Antolínez de Burgos y de doña Catalina Alfonso de Saavedra, de ilustre prosapia castellana. Profesó en el mencionado convento de San Agustín el día 5 de

10. Juan González de Critana había nacido en Villarrubia, provincia de Toledo, teniendo por padres a Fernando de Soria y Ana Lupesia. Vistió el hábito agustiniano en el convento de San Felipe el Real de Madrid, recibiéndolo de manos del P. Veracruz, como él mismo lo expresa, e hizo su profesión religiosa el día 26 de mayo de 1573.

11. SAN AGUSTIN, *Confesiones*, lib. IX, cap. 2, n. 3. Edición de la BAC, Madrid 1986, p. 273.

12. VELA, G. de Santiago, *Ensayo de una Biblioteca Iberoamericana*, vol. II, p. 179.

junio de 1571, cuando contaba los diecisiete años de su edad; si bien algunos cronistas la retrasan al 28 de mayo del mismo año ¹³.

Eminente en virtud y ciencia, ocupó primeramente la cátedra de Prima en la Universidad de Valladolid, pasando luego a la de Salamanca, donde conquistó un prestigio de varón sabio y prudente, buen teólogo, amigo de hablar y tratar asuntos de Sagrada Escritura, a la que se mostró siempre muy aficionado.

El P. Antolínez se convirtió más tarde en consejero de los Grandes del reino y en el maestro de cuantos acudían a su sabio consejo. El rey de España, Felipe IV, quiso nombrarlo su predicador; pero el humilde religioso no quiso aceptar tan honorífico cargo. Poco tiempo después, fue propuesto para la silla episcopal de Ciudad Rodrigo, pasando enseguida a la de Santiago de Compostela, donde murió el 19 de junio de 1626.

En honor de este hijo preclaro de Valladolid, nada mejor que repetir las palabras que escribió, a raíz de su muerte, uno de sus biógrafos: “El hábito que sacó del claustro, ése llevó a Ciudad Rodrigo, y ese mismo usó en su arzobispado. El ajuar de palacio se componía de lo más preciso, y todo sencillo y llano. Visitó el Señor con una enfermedad muy trabajosa, de la cual quedó muy mal del estómago; y todavía flaco y sin fuerzas determinó emprender la visita, contra el parecer de los que le trataban, que le amaban entrañablemente. Parece ser que, al tiempo de morir, atormentado por la sed, pidió un vaso de agua; pero, reaccionando luego, tomó el vaso en sus trémulas manos y fijó los ojos en una imagen de Cristo Crucificado, exclamó: “Vos, Señor, sabéis que de cuanto he tenido, os he hecho donación. Ahora me queda este vaso de agua que gustosamente os ofrezco en reverencia de vuestra sed. La mía quiero padecer con Vos, y quiero igualmente padecer cualquier tormento y desamparo a imitación vuestra” ¹⁴. Y se abstuvo de beber el vaso de agua, aunque bien lo deseaba y necesitaba en gran manera.

El P. Antolínez tuvo la suerte de conocer y tratar personalmente a maestros tan insignes como Juan de Guevara, Luis de León, Pedro de Aragón, Beato Alonso de Orozco y Alfonso de Mendoza, a los que no les fue en zaga en ciencia y virtud.

Volviendo a nuestro convento vallisoletano, tenemos que decir que es larga la lista de los religiosos que le dieron renombre y fama. Como Fray Antonio de Conderina, Andrés Aguado, Antonio de Castro, Gaspar de

13. HERRERA, T. de, l.c., p. 179.

14. La biografía del Ilmo. Antolínez que inserta Vidal en su *Historia de Agustinos de Salamanca*, y de la que entresaca Vela los datos que trae en su *Ensayo* (vol. I., p. 146 y ss.), está sacada de la oración fúnebre que pronunció Fray Basilio Ponce de León.

Oviedo, Francisco de Villagutierre..., (todos los cuales serán objeto de un estudio que estoy preparando que, Dios mediante, será publicado en la revista *Estudio Agustiniano*)

IV. *Presencia del Beato Alonso de Orozco en Valladolid*

Pasando por alto la presencia de Fray Luis de León en nuestra ciudad, pues recientemente han tenido lugar dos magníficas conferencias sobre él en este mismo Ateneo y organizadas por la misma entidad a la que nunca agradecerá Valladolid todo el bien que le está reportando desde el campo cultural y de las letras; y pasando, igualmente, por alto la presencia de Santo Tomás de Villanueva en esta misma ciudad, objeto de otro estudio y que nos alargaría demasiado, nos centramos ahora en Fray Alonso de Orozco, “hombre de Dios y hombre entre los hombres”, hombre docto y santo, “hombre de ayer y de hoy”, gloria genuina de la Universidad de Salamanca, religioso agustino y sacerdote ejemplar de la Iglesia, consejero y amigo íntimo del rey Felipe II, muy amigo también y limosnero de los pobres, feliz nacido que abarca casi todo el siglo de oro español, oriundo de un señorío de Vizcaya, natural de Oropesa, entonces perteneciente a la diócesis de Toledo.

Así lo dice él en su libro de las *Confesiones*. “Mi nacimiento fue en Oropesa –declara–, reinando la muy católica reina doña Isabel, de gloriosa memoria”¹⁵. Efectivamente, el día 17 de octubre del año jubilar de 1500, nació el hijo de Hernando de Orozco y de doña María de Mena. Ocho años atrás, se había consumado la unidad nacional por la rendición de Granada, y se había descubierto el Nuevo Mundo, el mayor acontecimiento que registra la Historia, después del nacimiento de Cristo.

Hernando de Rojas, uno de sus primeros biógrafos, que le conoció en vida y le tuvo de súbdito en el colegio de doña María de Aragón, fundado por nuestro agustino, actualmente convertido en la sede del Senado Español, dice que, después de residir en Talavera de la Reina y en Toledo, con la idea que un día pudiera ser sacerdote, los padres le enviaron a estudiar a Salamanca, donde ya le había precedido un hermano suyo, por nombre Francisco¹⁶.

Salamanca y su Universidad –la Sorbona de España–, subía entonces presurosa, a impulsos de su ingenio y entre las caricias de la fortuna, a la más alta cumbre de la sabiduría. Los distintos papas la habían enriquecido con privilegios y dotado, como a hija predilecta, con pingües rentas. Por su parte,

15. OROZCO, A. de, *Confesiones*. Ed. Amigos del País, Manila, 1882, p. 1.

16. ROJAS, H., *Relación de la vida del Ven. Fr. Alonso de Orozco*, su confesor, y presentada en el proceso de Salamanca. Publicada en "Revista Agustiniana", vol. 1-2 (1881), p. 87-91.

los reyes de España, cubriéndola con su manto real, la estimaban como el principal ornamento de su corona y eximían a sus maestros de gabelas y de otros cargos comunes.

Pues bien, en este ambiente y en este momento histórico de la primera mitad del siglo XVI, cuando más entregados estaban los hermanos Orozco en el estudio de Leyes, se le ocurrió al mayor de ellos, Francisco, hacerse fraile agustino. Por lo que, enterado el menor, nuestro Alonso, “le rogó muchas veces –escribe el citado Hernando de Rojas– que negociase la fraillía (sic) para entrambos”.

En la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid se conserva un cuadro que reproduzco en mi libro sobre el Beato Alonso de Orozco, tan bello como desconocido, obra de Bartolomé González, pintor de la corte de los Austrias Menores, y que perteneció al convento de San Agustín de Salamanca. En este cuadro aparece Fray Alonso de Orozco de rodillas, recibiendo la profesión religiosa de manos de Santo Tomás de Villanueva, y a su lado el maestro de novicios Fray Luis de Montoya. Al pie del mismo hay una inscripción en latín, que traducida dice lo siguiente: “Tan santo el novicio como el prior y el maestro”. Por cierto, que el cuadro contiene un anacronismo impresionante, pero que debemos saber perdonar, y es que santo Tomás de Villanueva aparece revestido de capa pluvial y con la mitra de obispo en la cabeza, cuando esto ocurría el año 1523, año en que era superior del convento de Salamanca, y no arzobispo de Valencia, que lo fue, por presión amorosa e insistente de Carlos V; su amigo, el año 1544.

Fray Alonso de Orozco, que lloró lágrimas de amor fraterno ante el cadáver de su hermano Francisco, el cual murió antes de profesar durante el mismo año del Noviciado, pasada la pena, se dedicó de lleno a sus estudios de filosofía y teología, sin olvidar el estudio de Leyes que llevaba ya adelantado y el de Artes, en el que salió discípulo aventajado.

Ordenado de sacerdote, alma misionera, se sentía como avergonzado, viéndose tranquilo y en quietud en los distintos conventos donde la obediencia le enviaba, en tanto que sus compañeros, que habían hecho con él el noviciado, entre otros el famoso Fray Agustín de Coruña, habían embarcado para el Nuevo Mundo y desarrollaban una labor apostólica envidiable en la Nueva España.

Fray Alonso de Orozco había llegado a una madurez personal y adquirido una ácida y dulce experiencia de las cosas que convertía a su juicio en seguridad y en ordenada a su voluntad. Había llegado a ese momento de la vida de un hombre en que se logra dominar los nervios, que es una de las más grandes sabidurías humanas. Pensando en las misiones de América, volvía como al alba de su juventud; que era como volver al alba de sus ilusiones.

Después de meditarlo mucho ante el Señor, se atrevió a pedir al Provincial le dejara partir para las Américas, en una nueva travesía o barcada de misioneros agustinos.

El Superior mayor le dio licencia, pero el Señor se la negó. Cerca ya de las Islas Canarias, cayó enfermo y los médicos le aconsejaron que desembarcara, pues era temerario proseguir el viaje por mar.

Fray Alonso se quedó en las Canarias, mientras el barco, llevando a bordo a sus compañeros, siguió rumbo a la Nueva España. El señor le reservaba para otra misión, aceptando solamente el sacrificio de sus deseos y probando, al mismo tiempo, la fidelidad de su amigo. Secretos profundos de Dios –como recordará el propio Orozco–, que cortaron el hilo de sus ilusiones, mas no las ganas de hacer otro apostolado en la Península a la que hubo de regresar.

Quien haya visitado el Museo Oriental de PP. Agustinos-Filipinos de Valladolid y recorrido sus claustros, habrá podido contemplar un hermoso lienzo, obra de Fray Víctor Millán, en que aparece el P. Orozco postrado de rodillas, y en lo alto, la imagen de Ntra. Sra. diciéndole sencillamente: “Escribe, Alfonso, escribe”.

Efectivamente, estaba de prior en Sevilla, cuando recibió aquel encargo, que era de mucho agradecer a la Señora; pues gracias a él, Fray Alonso de Orozco está hoy en el catálogo de las Autoridades de la Lengua, y nos ha dejado libros de ascética y mística tan hermosos como *Vergel de Oración y Monte de Contemplación*; y tras éstos, otros; también en lengua romance, como *Memorial de amor santo*, *Regla de vida cristiana*, *Examen de la conciencia*, *Ejercitatorio espiritual*, *Soliloquios de vuestra Sagrada Pasión*, *Victoria del mundo*, *Arte de amar a Dios*, *Historia de la reina de Saba*, *Epistolario cristiano*, *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*, *Catecismo provechoso*, *Libro de la suavidad de Dios*, *Tratado de la Corona de Nuestra Señora*, *Guarda de la lengua...*, sin contar los que se refieren expresamente a la Orden Agustiniiana, como los *Comentarios a la Regla de San Agustín*, a los muchos sermones que predicó en las distintas ciudades donde estuvo de residencia, y a las obras que escribió en latín.

Tal vez alguno de ustedes, después de la enumeración de estos escritos, se esté preguntando cómo un hombre de esta talla es tan poco conocido en las letras españolas. Es cierto; y las causas habrá que ponerlas, tal vez, en los propios agustinos, los cuales, como diría el rey Felipe II, son amigos de hacer grandes cosas, pero no de contarlas. Más también habrá que atribuir las –como demostraré en el estudio extenso que espero publicar en su día– a que los mismos críticos y estudiosos de estos temas se han preocupado muy

poco en leer los libros del Beato Alonso de Orozco y se han limitado a citarlos entre los ascetas españoles del siglo XVI.

Sebastián Portillo y Aguilar, biógrafo de nuestro agustino, refiriéndose a los cargos que ocupó dentro de la Orden, los resume así: "Fue prior de Soria, de Medina del Campo, de Granada; Visitador de los conventos de Canarias; presidente de un Capítulo; dos veces Definidor; Prior de Valladolid; y últimamente, primer rector del colegio de doña María de Aragón" ¹⁷.

Si nos acercamos a la histórica villa de Medina del Campo, donde muriera en 1504 la reina de Castilla Isabel la Católica, aún podremos contemplar las huellas –ruinas de un glorioso pasado– de un claustro, por el que paseaba el P. Orozco, siendo superior del mismo en el año 1541, y donde el Señor le sometió a una dolorosa enfermedad, según nos cuenta en el citado libro de sus *Confesiones*. "Aquí, Rey poderoso, tengo yo que daros muchas gracias, que me pasasteis por agua y fuego, dándome todas estas maneras de trabajos en el cuerpo y en el alma. No sólo me librasteis de aquel peligro, cuando me ahogaba en el río de Talavera ¹⁸, y me disteis salud en la enfermedad grave cuando era de diez años; más aún, ya siendo religioso y bien de treinta años, en nuestro monasterio de Medina del Campo estuve desahuciado de los médicos" ¹⁹.

Después de residir en los conventos de Andalucía, el P. Orozco regresó a Castilla, encontrándose en Valladolid con el cargo de superior el año 1551. La ciudad del Conde Ansúrez pasaba entonces por unos momentos de glorioso esplendor que sólo volvería a gozar a comienzos del siglo XVII, cuando Felipe III, mal aconsejado por su valido el Duque de Lerma, decidió trasladar nuevamente la Corte desde Madrid a la antigua e histórica ciudad castellana.

En el libro que publicó el Ateneo vallisoletano, el año 1981, sobre Valladolid en el siglo XVI, se llama a nuestra ciudad "corazón del mundo hispánico" ²⁰. Sede del Consejo Real, tras las cortes celebradas por Carlos V en

17. PORTILLO Y AGUILAR, S., *Vida del Beato Alonso de Orozco*. En Manuel Vidal, *Agustinos de Salamanca*, lib. III, cap. XIII, p. 386.

18. Efectivamente, cuenta en sus *Confesiones* que, siendo niño, de solos diez años de edad, y residiendo en Talavera de la Reina, paseando un día a orilla del río, un mancebo le invitó a que se metiera dentro del agua, pues no corría peligro alguno. "Yo créile –dice– y en alargando el paso, hundíme, que estaba hondo. Llevábame la corriente del agua más adentro, y con la congoja de sentirme ahogar, dieron gritos unas mujeres, que lavaban paños, a este mancebo, que no tenía más de la capa cubierta, que entrase a remediarme, y trabando de las aldas de mi sayo, que andaba sobre el agua, sacóme de aquel peligro. Luego en esa hora entró otro mancebo a nadar, y en el mismo lugar se ahogó, avisándole antes de lo que a mí me había acaecido" (Cf. OROZCO, A. de, *Confesiones*, lib. II, cap. 11, p. 49).

19. OROZCO, A. de, *Ibid.*, p. 38.

20. *Valladolid, "corazón del mundo hispánico"*, Siglo XVI. L. Ribot y otros autores. Ed. Ateneo de Valladolid, 1981.

1518, durante “La Guerra de las Comunidades”, desempeñó un importante papel entre los comuneros. Por lo que, al ser derrotados éstos en Villalar, el emperador desposeyó a la capital de los amplios privilegios de que gozaba.

Sin embargo, aquí habría de nacer al poco tiempo, en 1527, el príncipe heredero don Felipe; y aquí en Valladolid, habría de presidir los tristemente célebres autos de fe, celebrados contra el doctor Cazalla, el cual murió en la hoguera, habiendo sido capellán y predicador del propio emperador, Doña Juana de Austria, infanta de España, hija de Carlos V y de Isabel de Portugal, casada con su primo el infante don Juan Manuel, y madre del desafortunado rey don Sebastián; gobernadora y Regente de España en ausencia de su padre y de su hermano don Felipe, fundadora de las Descalzas Reales de Madrid ²¹.

El Valladolid que conoció Fray Alonso de Orozco era la capital comercial y artesanal de Castilla, donde se vendían paños, sedas, platerías –ahí está como en recuerdo su famosa calle–, y que contaba con las mejores imprentas de España, testimonio vivo de su floreciente cultura.

Residiendo en Valladolid, recibió el P. Orozco, en marzo de 1554, *el albalá*, firmado en Bruselas por Carlos V, por el que se le nombraba predicador real. En el Capítulo provincial de 1557, que tuvo que presidir por muerte del primer definidor, P. Francisco de Nieva, celebrado en el convento de Dueñas, y en el que Fray Luis de León pronunció un discurso, duro, atrevido, que hizo época en los anales de la historia de la Orden, salió elegido nuevamente prior del convento vallisoletano. Herrera cita los religiosos ilustres que profesaron en manos del P. Orozco durante su gobierno. Algunos de ellos misioneros en tierras de América y entre los que destaca a Fray Andrés de Villarreal, que llegó a ser Provincial en el Perú, y del que el cronista Antonio de la Calancha dice que era hijo de la Provincia de Castilla, “donde era tenido por ejemplar religioso y muy amante de la paz entre sus hermanos, que procuró fomentar siempre”²².

21. Agustín Cazalla, nacido en 1510 y muerto en Valladolid el 1559, estudió en la ciudad del conde Ansúrez, donde tuvo por maestro a Bartolomé Carranza, y más tarde en la Universidad de Alcalá, donde se graduó el año 1530. Fue capellán de Carlos V y uno de sus predicadores favoritos, acompañándole en sus viajes a Alemania, hasta que en 1552 obtuvo una canonjía en Salamanca, quedándose definitivamente en España. Al parecer, era un erasmista que fue evolucionando hacia el luteranismo, convirtiéndose en el centro de un foco protestante que tenía su sede en Valladolid.

22. OROZCO, A. de, *Vidas y martirios de los bienaventurados san Juan Bautista y Juan Evangelista*. Cf. CAMARA, T., *Vida y escritos del Beato Alonso de Orozco*, Imp. Viuda de Cuesta e Hijos, Valladolid, 1882, lib. II, cap. XVI, p. 237.

En Valladolid, el P. Alonso de Orozco se convirtió en consejero y confidente de la citada doña Juana de Austria, a la que dedicó el libro *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*, que salió a la luz pública el año 1556. En la dedicatoria le dice que, sabiendo él gustaba tan augusta señora y altísima princesa emplear algún tiempo "leyendo con aquel gusto que nuestro Dios suele dar en su divina palabra al alma que la desea y ama, parecióme ofrecer de nuevo esta declaración de las siete palabras de la Reina del cielo, Madre de Dios, las cuales en este nuestro monasterio de San Agustín (de Valladolid), con el favor del Espíritu Santo, los sábados de la Cuaresma prediqué para honra de la Princesa del mundo, la Virgen María"²³.

Trasladada la corte a Madrid, después de las desastrosas ferias y del voraz incendio de 1561, el P. Orozco se vio obligado a seguirla hasta lo que iba a ser desde entonces la capital de España, escogiendo para su morada la celda más oscura y pobre, y también la más incómoda del convento de San Felipe, famoso en la literatura española, pues en su escalinata o gradas tenía lugar el *mentidero madrileño*, donde don Luis de Góngora, Don Francisco de Quevedo, Lope de Vega, Juan de Alarcón, Luis Vélez de Guevara y tantos otros ilustres literatos se saludaban y no siempre con palabras de amistad y cariño.

En Madrid permaneció hasta su muerte. Durante su última enfermedad, doña María de Aragón, que mucho le quería, le llevó al colegio de su nombre, fundado por nuestro agustino, gracias al mecenazgo de esta bondadosa señora, dama de la reina doña Ana de Austria, madre de Felipe III.

Fray Alonso de Orozco se nos ha ido de Valladolid. En la capital de España, amado y querido de todos, derrochando caridad a manos llenas, visitando hospitales y sacando con su peculio presos de la cárcel, repartiendo limosnas entre los pobres con la paga de capellán de palacio –"¡Si pudiese yo poner mesa a todos los pobres, decía, por vuestro santísimo amor, Señor!"–, el día 19 de septiembre del año 1591, muy sereno, le mente lúcida del todo, pidió que le trajeran a su amada compañera: una cruz desnuda. Se abrazó a ella, la besó repetidamente, y se atrevió a pedirle que le guiara, por fin, a las playas de la verdadera patria. Segundos más tarde expiró.

El sol otoñal, claro y luminoso, de la villa y corte de Madrid, llegaba a su cenit, mientras los relojes de arena de palacio marcaban las doce del mediodía. Al día siguiente, en las solemnes exequias, celebradas en la iglesia de la Encarnación, el señor arzobispo de Zaragoza, Fray Pedro Manrique, pronunció estas sencillas palabras: "¡He aquí al hombre! ¡He aquí al santo! Fue

23. OROZCO, A. de, *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*. Ed. Laurentino Herrán, Rialp, Madrid 1966. Prólogo, p. 54.

fraile entre nosotros setenta y tantos años, sin queja de nadie, con edificación de muchos y con espanto de todos. Hombre de nuestra naturaleza, vestido de las condiciones de ella, criado entre nosotros debajo de nuestro hábito... Y tras eso, vernos y verle a él, ponía grima el pensarlo”.

Se nos fue el P. Orozco de Valladolid. Pero, al cabo de muchos años, sus restos volvieron a nuestra ciudad. Con los nuevos aires democráticos que trajeron las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812, los políticos de aquella hora decidieron que el famoso colegio de doña María de Aragón se convirtiera en lo que es hoy Sede del Senado. Para ello, en septiembre de 1813 arrojaron a la calle a la comunidad y se instalaron en él. El cuerpo y restos del Venerable Orozco fueron trasladados al convento de la Magdalena, de monjas agustinas, fundación también suya, y que estaba situado en la calle de Atocha. Aquí estuvieron hasta el año 1825, en que volvieron a su antigua morada del colegio de doña María de Aragón.

Diez años más tarde, con la tristemente famosa desamortización de Mendizábal, las reliquias del "Santo de San Felipe" volvieron al citado convento de la Magdalena; pero un año más tarde, teniendo que abandonarlo las monjas (agustinas), en virtud de otra arbitraria disposición gubernamental, los sagrados restos del Venerable fueron a parar a la iglesia de San Sebastián, próxima al convento de las agustinas.

Así las cosas, el año 1853 la Orden de San Agustín pensó que donde mejor podrían descansar aquellas reliquias era en el Colegio de PP. Agustinos-Filipinos de Valladolid, el único que se había salvado de la exclaustración de Mendizábal, debido a su labor misionera en Filipinas. Obtenidos los debidos permisos de la Santa Sede, el día 23 de septiembre del año 1853 los restos del P. Orozco eran depositados en el Oratorio privado de la Comunidad agustiniana de Valladolid. Inaugurada la iglesia del Santo Niño Jesús, hoy parroquia de San Agustín, el año 1930, dichos restos fueron trasladados solemnemente a la misma, donde han permanecido hasta el año 1978 en que, por rescripto de la Sagrada Congregación, la urna que los contenía fue trasladada al convento de MM. Agustinas, llamadas "del Beato Orozco", de Madrid, sito en la Calle de Granja, número 9, muy cerca de la Ciudad Universitaria.

V. El Beato Alonso de Orozco, defensor de la lengua castellana

Si todavía me soportáis unos minutos, quisiera terminar esta charla refiriéndome a este punto, que considero de capital trascendencia en la vida y obra del Beato Alonso de Orozco.

En este sentido, tenemos que decir que, a excepción de Juan de Valdés, autor de *Diálogo de la lengua*, y de Fray Luis de León, el cual escribió en su libro *De los Nombres de Cristo* una brillante apología de la lengua castellana, pocos escritores españoles han superado y han mejorado en tiempo y calidad al P. Orozco como defensor de la llamada “lengua de Cervantes”.

En prueba de ello, podría aducir textos entresacados de sus obras (–como lo he de hacer al tiempo de estudiarlo más extensamente–), de no abusar de vuestra paciencia. “De mí digo que alabo al Señor –escribe en el *Tratado de las Siete palabras que María Santísima habló–*, cuando leo libros en romance de buena y provechosa doctrina. Mayormente que mi fin no es hablar en este libro con predicadores y personas sabias, de quien yo tengo de oír y aprender. A los pequeños deseo consolar y aprovechar; aunque bien me acuerdo que, leyendo Virgilio al poeta Ennio, de más bajo estilo entre los poetas, dijo a un amigo suyo: ando buscando oro en este polvo. No hay libro tan sin provecho, que no sea de grande utilidad al que es sabio, si quisiera leerle atentamente”.

Muy equivocados andaban en sus juicios valorativos sobre los escritos del P. Orozco el escritor y crítico americano, Ticknor ²⁴, el cual no había leído ni una sola línea de nuestro agustino, y su traductor al castellano Pascual Gayangos, que sólo conocía muy por encima el *Epistolario cristiano*; obra que califica como la más importante de su autor.

El que sí acierta plenamente es Juan Márquez, que sostiene cómo Orozco “no es inferior en romance y en latín a los que con mayor primor escribe en una y otra lengua”.

Puestos a escoger un solo párrafo, escuchad el siguiente, tomado de su libro *Victoria sobre la muerte*: “Dime, hombre, que te prometes largos años de vida y te parece que eres inmortal, ¿qué es de aquella niñez y edad de la inocencia? ¿Qué se hizo de aquella flor de tu mocedad? No puedes negar que la sierpe, que traes enroscada en tu cuerpo, te la comió. Pues esa misma te consumirá la vejez. Todos nos estamos muriendo; y como el agua de los ríos va con ímpetu a la mar, caminamos sin detenernos para la sepultura, a quien llama madre el santo Job, la cual tiene los brazos abiertos para recibirnos. O como dijo poéticamente andrada:

“Ser que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?”

24. TICKNOR, J., *Historia de la Literatura Española*. Trad. de Gayangos y Vedia, vol. III, cap. 39.

Como los ríos en veloz corrida
 Se llevan a la mar, tal soy llevado
 Al último suspiro de mi vida.
 De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
 ¿O qué tengo yo, a dicha, en la que espero,
 Sin ninguna noticia de mi hado?
 ¡Oh, si acabase, viendo cómo muere,
 De aprender a morir antes que llegue
 Aquel forzoso término postrero!"²⁵.

Resulta curioso observar cómo Fray Alonso de Orozco conocía al poeta portugués *Francisco de Andrada*, autor de "O primeiro cerco de Diu", poema impreso en Lisboa el año 1589, pero que sin duda ya corría en círculos literarios anterior a esta fecha. Lo mismo podría haber citado al poeta elegíaco palentino Jorge Manrique y a sus célebres *Coplas* a la muerte de su padre, el Maestro don Rodrigo:

"Nuestras vidas son los ríos
 que van a dar en la mar,
 que es el morir;
 allí van los señoríos
 derechos a se acabar
 e consumir;
 allí los ríos caudales,
 allí los otros medianos
 e más chicos,
 allegados, son iguales
 los que viven por sus manos
 e los ricos".

Mas no se crea que fue fácil conseguir se comenzara a usar la lengua romance en los libros de espiritualidad. Uno de los grandes campeones en esta buena lid fue, sin duda, Fray Luis de León, el cual escribía en su libro *De los Nombres de Cristo*: "Es engaño común tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance; que ha nacido, o de lo cual que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, o de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia; que lo uno es vicio y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la

25. Francisco Andrada es un poeta e historiador portugués de la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del XVII. Es autor de *O primeiro cerco de Diu* (Poema lírico), y del que conocemos una edición hecha en Lisboa el año 1589; y *Chronica do muito alto e poderoso rey destes Reinos de Portugal, Don Joao III*, (1613).

lengua, ni de de los que se esfuerzan a poner en ella todo lo grave y preciso que en algunas de las otras se halla”²⁶.

No era culpa, pues, de los que se esforzaban en poner en lengua vernácula “todo lo grave y precioso” que encontraban en otras. Uno de ellos, nuestro Fray Alonso de Orozco; del cual dijo el cardenal Sanz y Forés, arzobispo de Valladolid, que le cupo el honor de haber sido “el primer apologista de la lengua española”, antes de que lo hicieran de modo tan contundente y claro el citado Mtro. León, Malón de Chaide y Fray Cristóbal de Fonseca.

Justamente, este agustino últimamente citado, saliendo en defensa del castellano dirá: “Una sola cosa quiero decir al lector, que si este libro fuera bien recibido (*Tratado del amor de Dios*), dándome Dios algunos años de vida y salud, prometo muchos de materias varias; y atrévome a hacer tan larga promesa, favoreciéndome el cielo, por el poco trabajo que éste me ha costado, y por el breve tiempo en que le he compuesto”²⁷.

Aún no había surgido san Juan de la Cruz, del que don Marcelino Menéndez Pelayo dirá que su poesía no es de hombres, sino de ángeles; santa Teresa de Jesús vivía todavía en la oscuridad de su monasterio de la Encarnación, y el Mtro. León comenzaba a ofrecer la galanura de su lenguaje, cuando el de Oropesa de Toledo, heredero del espíritu de santo Tomás de Villanueva y del Venerable Luis de Montoya, declaraba su doctrina religiosa, ascética y mística en brillantes períodos de habla castellana. Él fue el primero en levantarla de los hogares y salas domésticas, donde se hablaba en común, y levantarla de las calles y plazas, por donde corría de boca en boca; y también de la poesía lírica de Boscán y Garcilaso de la Vega, de la sonora prosa de Antonio de Guevara y de Fray Luis de Granada, a la altura y a la cumbre de un decir profundo y, al mismo tiempo, bello con doctrina ascética y mística, dando a luz libros tan armoniosos y clásicos como los citados arriba.

Pensemos que *Vergel de Oración y Monte de Contemplación*, *Memorial de amor santo* y otros fueron escritos y publicados a mediados de siglo; lo que hace mucho más meritorio el estilo castizo y elevado de Fray Alonso de Orozco; aparte su osadía de presentar el contenido espiritual de estas obras en lengua romance. Un estilo y un lenguaje que irán perfeccionándose más y más, con nuevos matices de flexión y de armonía, en las innumerables obras que van a seguir a las citadas, hasta el mismo año 1591 –año de su muerte–;

26. LEÓN, L. de, *De los Nombres de Cristo*. Dedicatoria a don Pedro Portocarrero. Ed. BAC, Madrid 1944, lib. III, p. 672.

27. FONSECA, C de, *Tratado del amor de Dios*. Ed. Imp. de Guillermo Foquel, Salamanca, 1592. Prólogo.

toda vez que nunca descansó su pluma, ni siquiera cuando estaba postrado en el lecho del dolor.

Muchas más cosas pudiera decirnos sobre el particular: Hoy, en que tanto se ha deteriorado la llamada “lengua de Cervantes”, por obra y arte de nuestros padres de la patria y de los periodistas “de cuchara”; hoy, en que da pena escuchar por los medios de comunicación, y de modo constante y repetido frases tan socorridas como “obsoleto..., obsoleta”, “pienso de que”, “opino de que”, “catorceavo”, “yo no me contradizco”...; hoy, en que a la hora *del recreo* en un colegio se nos va a obligar a decir “fragmento de ocio”..., resulta consolador leer –yo os invito a que lo hagáis– a autores como Fray Luis de León, Malón de Chaide, y a nuestro Fray Alonso de Orozco, “varón santo y hombre de doctrina insigne”, como le llamó el Rdm. P. General de la Orden Agustiniense, Fray Gregorio Petrocchini, “escritor clásico de los más importantes de todo el siglo XVI, durante los reinados de Carlos V y Felipe II, cuando España alcanzaba el apogeo de su gloria política, militar, literaria y religiosa.

Únicamente, si me lo permitís, dadas las circunstancias tristes de los momentos que nos tocan vivir –una guerra cruel en el Golfo Pérsico–, quisiera terminar con una página hermosa de Fray Luis de León, sacada de sus *Nombres de Cristo*, y del capítulo “Príncipe de la Paz”: “Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, ésta que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan de ellos suficiente testimonio. Porque, ¿qué otra cosa es sino paz, o ciertamente una imagen perfecta de paz, esto que ahora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene a los ojos? Que si la paz es, como San Agustín breve y verdaderamente concluye, *Una orden sosegada, o un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden*, eso mismo es lo que nos descubre ahora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y donde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto; adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos, olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia; antes, como hermanadas todas y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores se hacen muestras de amor, y como en cierta manera se reverencian unas a otras, y todas juntas templan a veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas a una pacífica unidad de virtud, de partes y de aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa manera”²⁸.

28. LEÓN, L. de, *De los Nombres de Cristo*. Ed. citada, p. 597-8.

Este mismo tema de *la paz*, como *orden* y armonía lo vemos reflejado admirablemente en la oda *La Noche serena*, quieta y estrellada, en donde el poeta habla del cielo con nostalgia.

Los versos primeros de dicho poema son de sobra conocidos:

"Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado:
El amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos, hechos fuente,
Olarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?²⁹

29. LEÓN, L. de, *Obras Completas*. Ed. cit., p. 1471-2.